

Después que repiqueteó la campana y profirieron, corralmente, un sostenido hasta mañana profe, Ademar Pacheco se incorporó al gentío de la calle, en medio de una palpitante ola de compañeros, reflatando en su mente la trama de ese cuento que transcurría en la zona roja de la capital; cuyos méritos, que al principio le parecieron nulos o escasos, de pronto, a ojos de Ormazábal, parecían emerger de sus escondites, concediéndole algunas virtudes y un merecimiento desconocido que lo convirtió en el mejor de entre otros treinta. Las lecturas que abría por las noches ante sus ojos, hasta quedar aturdido, eran las culpables. Fuera de placenteras, le estaban entregando una capacidad de análisis que antes no tenía; permitiéndole poner en duda lo estructurado, los paradigmas, los métodos con los que intentaban manipular su voluntad, las jerarquías, los convencionalismos y todo aquello que llevaba a los humanos hacia una patética vida de borregos apiñados por castas, religión, color, condición social y confusas reglas de moralidad. Tal vez Camus, al que leía con avidez, era el culpable de que razonara con mayor desenfado y profundidad, porque su novelística, que encerraba tres o cuatro ingredientes filosóficos claves, desnudaba los entretelones de un tiempo oscuro dominado por un genocida, cuyas consecuencias habían destruido lo mejor de la sociedad europea de la primera parte del siglo XX. Daba a entender que los sobrevivientes, verdaderos zombis que caminaban sin ningún ánimo ni interés, ya que no tenían ni un puto motivo optimista para hacerlo, actuaban sin esperanzas; convencidos que la existencia era una mierda, y que estar vivo o muerto era la misma cosa. Para ese escritor nihilista, Dios era una excusa, pero el ateísmo con su nula fe, tampoco era sinónimo o garantía de felicidad.

Recalcando que el hombre, a través de la muerte, estaba condenado a fracasar. ¿Qué más daba entonces una cosa u otra? Por lo mismo, las deleznable tropelías que mostraban sus personajes en *El Extranjero* y *La Peste*, daba cuenta de gente a quienes no les importaba nada. Inconmovibles, mostraban los daños colaterales que les había infligido una era repleta de masacres y guerras. Por lo que sus reacciones frías e insensatas, por mucho que tuviesen que pagarlas con la guillotina, la horca o el paredón, las asumían sin una pisca de arrepentimiento.

Desde el Liceo hasta la antigua casona de Morandé, herencia de su abuela paterna, distaban, caminando recto, ocho cuadras. Se disponía a cruzar frente al edificio del Banco Del Estado para luego enfilarse por el costado oriente de La Moneda, cuando Almudena lo llamó a sus espaldas. Rehusó dar el paso sobre la calzada de la Alameda y esperó que lo alcanzara. Se fijó, por primera vez, en la corbata floja de su compañera cayendo sobre su uniforme desordenado; proyectando la imagen de una joven rebelde, ensalzada por un rostro de exótica sensualidad: sus medias hasta los tobillos y su delgadez de cintura, remarcaban piernas y caderas que comenzaban a ensancharse en busca de la lógica madurez y la curvilínea proporcionalidad.

Ella, quien nunca lo había analizado como hombre, le notó, mientras hablaba con ínfulas criticando al profesor de castellano, un atractivo intelectual que, por cierto, mejoraba esa estampa oblonga y enjuta que lo encarnaba. Aquel detonador viril, le produjo un remezón hormonal desde el mismo instante que su voz explotó por las cuatro paredes para increpar a su maestro de manera inteligente y concisa.

Como coartada para caminar junto al incipiente mejor escritor de su curso, le preguntó si podía compartir su paraguas con ella ya que estaba comenzando a caer una lluvia fina que, seguramente, se convertiría en aguacero. A pesar que llevaba el capuchón puesto y no había pensado en abrirlo accedió como si hubiese recibido un golpe de adrenalina y, en cinco segundos, aquella protección negra con mango de palo se desplegó como una morada de romanticismo bajo el cielo grisáceo de la capital. “¿Te vas caminando hasta tu casa?”, preguntó. “Cuando no tengo plata para pagar los treinta pesos de la locomoción, camino y cruzó el puente Calicanto para llegar a la calle Picarte”, dijo arrimándosele. “Son hartas cuadras, yo me quedo al final de Morandé, casi al llegar a Balmaceda” “Qué casualidad, vivimos en el mismo barrio” “Cerca de la Estación Mapocho” “Sí. Todo un símbolo” “¿Me muestras tu cuento?” “Siempre que me permitas ver el tuyo” “Me da un poco de vergüenza” “El mío no es ninguna maravilla, creo que el loco Ormazábal lo calificó bien para lavar su imagen. El sábado pasado me lo encontré en el Estadio Nacional, bastante cargado al litro. Ambos estábamos hinchando por la U. En el minuto setenta, cuando el chico Araya le marcó el tercer gol al *Chaguito Morning*, el loco se empinó al seco lo último que le quedaba en la petaca que escondía en el pantalón. Al final del partido apenas podía caminar” “Se las trae. Tiene las típicas manchas rojas del beodo marcadas en la cara. En todo caso es un tipo muy inteligente y de literatura sabe como diez kilos” “Tienes razón. Los méritos le sobran” “Bueno pásame tu cuento” “Y tú a mí el tuyo” “Mierda, se puso a llover a cántaros. ¿Tienes para un café?” “Me alcanza para uno” “Ven entremos a ese quitapenas. Solía venir de niña a buscar a papá

a este bar, antes que nos dejara. Recuerdo que era bien limpio y los clientes muy respetuosos, incluyendo a poetas, alcohólicos, jubilados y periodistas sin trabajo. Conozco al de la barra. Sácate la corbata y da vuelta por el revés la chaqueta del Liceo para tapar la insignia. Esperaremos a que escampe”

El viejo Samuel, conocido como el Cara de Pancutra por su evidente lividez, quien, desde los veinte años, había permanecido detrás del mesón sin beber un trago, ahora con más de sesenta y con su memoria intacta, la reconoció y batió su palma derecha para saludarla. La joven le sonrió mientras se acomodaban en un rincón y dejaban secar el paraguas en el respaldar de la silla. Con un billete de cincuenta pesos en la mano le dijo hola y le solicitó un café en taza grande con tres cucharadas de azúcar. Samuel, sacando del fondo de su cabeza los recuerdos encapsulados, le susurró que le daba gusto verla tan crecida, y que, excepcionalmente, para que dejaran de tiritar, la casa les regalaría otro; pensando que el muchacho que la acompañaba no querría beber su saliva. “Gracias”, dijo mientras un relámpago de nostalgia remeció su memoria que, a sus diecisiete años, ya había acumulado desasosiegos y penas. “Lo hago por esos años que te acercabas a la barra a buscar a tu padre. Puchas que te hizo sufrir. Supe que el “Negro” había emigrado a Iquique, donde su hermana...”, dijo intentando recomponer lo que estaba hecho añicos. Ella ni siquiera se dio por aludida, pero sí agradeció, con una tierna sonrisa, el gesto amable del Pancutra, que no demoró más de cinco minutos en llevarles dos aromatizados *Nescafé* en taza grande.

Se leyeron mutuamente dando sorbos, levantando el entrecejo o emitiendo algunas muecas de libre interpretación. Cuando arribaron al

desenlace, ambos apretaron los labios e intercambiaron con su interlocutor aquello que acababan de revisar con el máximo entusiasmo. Ella abrió los ojos diciendo que le había gustado. Que la oscuridad por la que transitaban sus personajes, refiriéndose al detective y a la prostituta, lo que moraba en sus almas era prístino; por lo mismo el amor que mantenían en secreto los salvaba de todos esos crímenes menores que escondían en sus conciencias. Que el chulo que se quedaba con casi todo lo que ella ganaba, había muerto en su ley, ahogado en el Mapocho después de asesinarla. “Creo que la descripción que hiciste sobre la pelea en el puente Pio Nono, y cómo el detective lo levantó en vilo para lanzarlo a las aguas, es muy creíble, te felicito”, dijo haciendo una crítica favorable de su cuento.

Respiró profundo y buscó sus ojos avellanados para converger hacia algo que no sonara a charlatanería barata. Sin más rodeos, recalcó que el lenguaje de su narración lo había cautivado, cuyo poder residía en ese diálogo de amor filial que sostenía una pareja de abuelos que se aprontaban, filosóficamente, a enfrentar el final de su tiempo; confesándose, mutuamente, asuntos que habían callado por distintas razones y, como decía uno de ellos, no quería dar el salto hacia el otro lado del espejo, llevándose aquel desagradable lastre. “...Y así enfrentar, con mi alma al desnudo, lo desconocido e imposible de evitar”, decía en esa última frase que le quedó dando vueltas.

“Me pareció muy interesante que hayas terminado tu cuento con una reflexión. Le diste una vuelta de tuerca a una duda universal que el occidentalismo casi no toca. Sabes, es mejor que el mío y este loco de mierda,

falto de criterio, te calificó apenas con un cuatro. Deberías enfrentarlo y decirle que yo te lo dije. Que nos leímos, quedando demostrado que en el tuyo si hay literatura, y de la buena. En mi calificación influyó que lo viera borracho. Creo que Ormazábal tuvo una mirada machista y sesgada contigo, compensando a unos para perjudicar a otros”, dijo pensando en la intolerancia que solían mostrar algunos maestros. “Eres muy tierno. Te agradezco. Lo que me dices con tanta seguridad puede que sea cierto; pero sabes, no haré nada. No me interesa. Como dijo el mismo, es una nota más. No quiero transformarme en la mina más conflictiva y menos popular del curso. Tienes que haberte dado cuenta, las mujeres tenemos nuestras trancas ligadas a la vanidad, recuerda que estamos en los años setenta, el glamur es considerado clave para alcanzar metas. Además no quiero ser escritora, mi idea es dedicarme a la docencia o a la contabilidad. Tampoco descarto la posibilidad de conocer a un buen partido, enamorarme y casarme. Odio la pobreza... Y los escritores..., para qué te digo más..., la respuesta es obvia”, dijo ordenando sus prioridades. “Bueno, te entiendo, te lo dije en buena, lo justo es justo, ¿no crees?”, recalcó y a continuación sonrieron alejándose de la discusión. “Tú, al revés, creo que seguirás escribiendo, ¿o me equivoco?” “No lo sé. Mi entusiasmo puede ser pasajero. Quizás en qué termino. A lo mejor me convierto en Paco, vendedor de libros o de seguros puerta a puerta, o un empleado a cargo de una Editorial. Verdaderamente no sé qué haré con mi vida. El próximo año sí o sí tomaré una decisión, total la universidad en este país es gratis”, dijo aceptando que era una realidad a la que tendría que ponerle ojo.